

día! En plena batalla contra el moro, dentro del reino granadino, don García había huído alevosamente, dejando abandonados a sus caballeros. Caen muertos y heridos casi todos. La flor y nata de Calatrava es víctima del desastre. Solamente se salvan, en huída vergonzosa, el Maestre y un grupo de incondicionales, tomando el camino de Cabra, y desde allí el de Almagro... «¡Hermanos: que tamaña felonía bien merece un castigo!...» El auditorio se impresiona y algunos asiénten con voz mesurada y gestos expresivos.

La ancianidad vetusta del acusado se incorpora súbita. El sabe ya de oposiciones y envidias. Su propia elección en 1296 fué contra el criterio de algunos caballeros que votaron a don Gutiérrez Pérez. Y el mismo Pontífice, hasta el que llegó la disidencia, hubo de obligar a la obediencia al Maestre. El comprende que la estirpe de los Raimundos, y los Yanguas, y los Quiñones, desapareció con la Vieja Calatrava, tras la rota de Alarcos que tuvo cumplido desquite en las Navas. Ahora, en la nueva fortaleza, más grandiosa y espléndida, se han ido perdiendo con el lujo y la molicie los prístinos hábitos de austeridad y rigor, para entregarse al cisma disolvente que amenaza la unidad de la Orden. Pero él no desmiente la limpia prosapia de los Padilla: hace años, asistió, con el rey Fernando, a la toma de Gibraltar y otras plazas. Y hoy, cuando ya viejo y enfermo acaudilla una entrada por tierras de moros y es atacado por numeroso ejército de infieles y lucha con tesón, viendo al fin que es inútil empeñarse en buscar la victoria, se ampara en un cerro inmediato y allá se dirige con el pendón de la Orden. El no puede ser culpable del general desconcierto de los suyos al creer que abandonaba el campo. ¡No hay traición, no hay cobardía! Hay, sí, una desmedida ambición del Clavero don Juan, quien ha llegado—¡esa sí es felonía!—hasta el extremo de buscar auxilios entre los irreconciliables enemigos de los calatravos, en los villarrealengos, vecinos del pueblo fundado por el sabio Rey para contrarrestar el predominio de la Orden sobre los Campos de Calatrava...

Rumores de asentimiento. Don García ha sabido pulsar la fibra sensible de sus caballeros. Estas discordias entre las villas de Calatrava y las que obedecían directamente al Rey, estas rencillas entre calatravos y villarrealengos perdurarán por siglos, alejarán cismas peligrosos en la Orden y servirán para unir en su orgullo feudal a los recelosos del poder monárquico.

Ha concluído el Capítulo con el triunfo de Padilla. Y dando un golpe sobre el Pavimento con su báculo de plata, se incorpora el Maestre, levántanse todos, hacen la señal de la cruz, se inclinan reverentes y salen en silencio.

### ESTAMPA III ESPLENDOR Y AGONIA

¿Quién es capaz de fijar los límites al Campo de Calatrava? Los vecinos que tiene la Orden son asaz peligrosos: al norte, hacia tierras toledanas, los caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén dominan la llanura que tiene por capital a Consuegra; al este, la ínclita Orden de Santiago señorea las tierras que se extienden desde Uclés, rancia de historia, hasta el castillo de Montiel, escenario del repugnante fratricidio-regicidio. Las Concordias, una y otra vez repetidas por el cambio incesante de mojoneros y señales, van marcando los límites con alternativas de marea.

En 1245 los Maestres de San Juan, de Santiago y Calatrava llegan a un acuerdo. El Campo abarca desde el Puerto Serrano de Guadalfeza y la Fuente del Emperador, hasta las tierras del Viso y San Lorenzo en las inmediaciones de Sierra Morena. Y de saliente a poniente, con fronteras más inciertas, desde Daimiel y Corral Rubio de Jabalón, hasta el valle de Alcudia. En el amplio rectángulo quedan encerradas las ruinas de la vieja Calatrava y el conjunto de construcciones — iglesia y monasterio, claustro y fortaleza — del Sacro-Convento de la Nueva con sus aledaños. Y allí, en su centro, Almagro, residencia habitual de los Maestres, capitalidad de la